

Murmullos subterráneos



Laura D. Bernal Beltrán

El día en que la tierra enmudeció fue también el día en que Alma exhaló su último aliento. Haciendo uso de lo que, sabía, serían sus últimas fuerzas, recogió un puñado de tierra y lo acercó a su oído. Allí estaban: unos latidos apenas audibles. Y se extinguían.

Por años presumió ser la única en todo el Valle del Cauca capaz de escuchar el latido de un suelo vivo. Se la juzgó de bruja, de satánica, de loca. La confinaron a un edificio de concreto durante cinco años y, cada mañana, enviaban a un barrendero que mantuviera a raya hasta el último grano de tierra. El hombre la miraba con remordimiento —vergüenza, casi—, pero jamás interrumpió la labor. Bajo sus pies, Alma percibía los lamentos de un suelo aplastado por toneladas de materiales de construcción. La espera por poco la había enloquecido: la tierra, sellada con cemento, se quedaba sin aire y sus millones de habitantes perecían uno a uno. Ella lamentó las pérdidas como si fueran propias. Años más tarde, cuando finalmente la dieron de alta, regresó poco después a aquel edificio con un martillo y una barra de acero. Cada golpe dirigido a los pisos y las paredes de concreto clamaba venganza por los seres y los años perdidos.

Desde muy pequeña había aprendido a escuchar al suelo, a hablar por él. Aventajando en todo sentido a los adultos incrédulos, había descubierto comunidades que rebotaban de vida en la materia que, creían, simplemente sostenía su peso. La práctica le había permitido desarrollar la habilidad de comprender sonidos ininteligibles y, con el tiempo, fue capaz de traducir la voz del suelo. Solo así había logrado descubrir los apetitos de sus habitantes subterráneos: cada mañana, durante su caminata a la escuela, dejaba montoncitos de residuos orgánicos que desaparecían sin dejar rastro. Había tardado meses, incluso años, pero finalmente había conseguido dominar su idioma: a los nueve años, para disgusto de sus padres, había relegado al español a segunda lengua. Se acostumbró a las miradas recelosas que suscitaba las tardes en que, a la sombra de una ceiba, narraba sus días al suelo por medio de una composición de zumbidos, silencios y borboteos.

Ahora, con un rostro que exhibía surcos tan pronunciados como la tierra labrada, Alma pensaba en los abismos que la separaban de sus recuerdos de infancia. Por ese entonces ya adivinaba el lazo que la uniría a la tierra toda su vida. Recordó la torpeza con que sus primeros pasos se precipitaban hacia el vasto jardín en que desembocaba la puerta trasera para, acto seguido, atropellar su boca con puñados de tierra. Sin importarle las perlas de sudor que corrían por su frente, nuca y espalda, solía permanecer allí hasta que sus manos acumulaban tanta mugre

que era imposible distinguirlas del suelo. En aquellos instantes, la tierra se le antojaba dulce.

La fascinación que producía en ella —lo recordaba vívidamente— se debía a las voces. Al principio fueron pocas y casi imperceptibles: una leve vibración en la lengua que creía sofocar con el dorso de la mano. Sin embargo, al cabo de semanas, la sensación había triplicado su intensidad: la garganta de Alma hormigueaba como si albergara toda clase de criaturas. El ritual se repitió por años, sin que ella supiera de los mundos escondidos en la tierra que recogían sus manos. Con cada ocasión sentía acrecentar las voces dentro de sí y, a los once años, su propia voz dio paso a las que había estado ingiriendo durante tanto tiempo. La voz infantil perdió su acabado satinado y se transformó en una serie de ecos de distintas intensidades, timbres y entonaciones. El suelo se convirtió en su reflejo y ella, a su vez, se convirtió en su voz. Quienes la escuchaban quedaban con la inquietante sensación de haber estado en presencia de una orquesta.

Aunque sesenta y ocho años la separaban de aquellas tardes en que, bocado a bocado, afianzaba su labor de intérprete, aún conservaba con amargura el recuerdo del jardín de infancia. Las nuevas edificaciones e instrumentos de cultivo habían destruido el escenario de sus recuerdos. Los edificios de concreto, aquellos que había creído la única catástrofe, dieron paso a una serie de calamidades que se sucedieron al igual que una hilera de

dominós. Poco después aparecieron los químicos: sustancias tóxicas que invadían el suelo como parásitos. Se instalaron una tarde de abril en que el calor invitaba a sepultarse bajo tierra. La curiosidad de los habitantes permitió que términos como *herbicidas y fertilizantes* fueran incorporados al lenguaje cotidiano. Las palabras habían traído consigo nuevas realidades: hectáreas de tierra sembradas y cultivos que parecían renacer espontáneamente después de cada cosecha. Durante los meses siguientes, un fuerte temblor sacudió la tierra. En medio de su asombro, los habitantes atribuyeron las sacudidas a la manada de tractores que recorrían los cultivos sin descanso. Solo Alma había descubierto que se trataba del temor que dominaba a los seres invisibles del suelo: una oscura premonición sacudía sus entrañas y, durante las noches que siguieron, las despedidas resonaron bajo tierra como una voz colectiva. La misma voz de Alma había adquirido el tono de la partida.

Los cultivos habían introducido métodos que desgarraban la tierra —el arado removía la superficie día a día, quebrando los filamentos de los hongos que la entretejían como una telaraña—, pero el vaho tóxico culminaba la catástrofe. El suelo se sentía tan expuesto como un cuerpo desnudo. Alma lo veía reducirse, consumido y agotado, con cada cosecha. Sintió el dolor de la pérdida, por segunda vez, al advertir que los ecos en su voz disminuían.

La tierra había hablado desde siempre, pero las personas no habían aprendido a escuchar. En las tardes en las que Alma se sentaba junto a las ceibas llegaban a sus oídos narraciones de un pasado insólito: la plaga de víboras de 1802 que por poco había acabado con una aldea, las últimas peregrinaciones de animales casi extintos, el primer indígena que desafió a un español. Después de muchos años, Alma había llegado a comprender que el suelo se asemejaba a un colador: junto con la lluvia, los sucesos que ocurrían en su superficie se filtraban en la tierra y descendían hasta sus aguas subterráneas. Allí, siguiendo la corriente de ríos y otras fuentes de agua, llegaban a diversos pueblos y ciudades. Estos, sin saberlo, llevaban décadas ingiriendo a sorbos la narración del suelo.

Sin embargo, la que sería la última narración la había tomado de improviso. Las explosiones comenzaron esa mañana, sin aviso previo. Alma se había levantado en medio de un océano de sábanas, sobresaltada por los gritos. Todo en su interior se sacudía violentamente. Había atravesado los corredores de la casa en segundos, esperando que en cualquier instante su mirada colisionara con la fuente del sonido. Aguardaba el desastre como tantas otras veces lo había hecho. Sin embargo, al cruzar la puerta de entrada halló al pueblo sumido en una tranquilidad inquietante. No había rastros de la destrucción que imaginaba al sacudirse el sopor del sueño. Los rostros de

los habitantes, conservando su usual inmutabilidad, le indicaban que la catástrofe se hallaba en otra parte.

Atravesó calles, casas, prados y cultivos, dejando tras de sí el rastro de sus propios gritos alarmados. Preguntaba reiteradamente por el lugar de la explosión, pero los comentarios indiferentes que llegaban a sus oídos contribuían a su desesperanza. Algunas manos apuntaban en la dirección de los estallidos, pero se detenían en seco cuando Alma preguntaba por la fuente de los gritos. Su desconcierto acrecentaba con cada persona que se cruzaba: los alaridos eran agobiantes, ¿cómo podían no oírlos? El cansancio acumulado con los años luchaba por retardar sus pasos. Poco a poco comenzaba a perder la noción del tiempo y la distancia. Después de lo que sintió como horas, sus pies se detuvieron a escasos milímetros de un cráter descomunal. Contempló, con horror, el campo de tierra socavada y aguas muertas a sus pies. La fuente de los gritos, de repente, se esclareció ante ella: el suelo, profiriendo millares de lamentos, se transformaba en un paisaje sonoro desgarrador. Los seres que antes habían narrado para ella anécdotas de siglos pasados se ahogaban ahora en un coctel tóxico de mercurio. Un destello a lo lejos le reveló la extracción de oro.

Alma observó detenidamente el puñado de tierra que había recogido en sus manos: el suelo, como su piel, conservaba los rastros de las incontables transgresiones que había soportado.

La huella del ser humano le había dejado una marca, aunque disimulada, indeleble.

La última explosión dio paso a un silencio ensordecedor. Ante la mirada atónita de Alma, la tierra enmudeció. Solo quedó el compás de unos latidos agonizantes. Alma apretó los dientes y tomó la decisión. Por años había consumido la tierra, era tiempo de ofrecerle lo mismo. Hundió sus extremidades en el terreno suelto, luego el torso. Segundos antes de sumergir la cabeza, grumos de tierra se desprendieron del suelo e inundaron su boca, creando en su memoria el último recuerdo. Le pareció saborear, con los ojos cerrados, el anhelado retorno a los días de infancia. Por segunda, y última vez, el suelo se le antojó dulce. Olvidó el peso del cuerpo y cedió sus labios a las voces que anteriormente la habían desbordado. Creyó oír el eco de un murmullo abriéndose paso a través de los escombros.

Su corazón se detuvo. El del suelo, aunque débil, continuó latiendo.

Underground Murmurs



Laura D. Bernal Beltrán

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

The day the earth fell silent was also the day Alma breathed her last. She scooped up a handful of dirt with her remaining strength and held it to her ear. There they were: a few barely audible heartbeats. And they were fading away.

For years she had boasted that she was the only one in Valle del Cauca capable of hearing the living soil's heartbeat. She was considered a witch, satanic, or just a madwoman. They had confined her to a concrete asylum for five years, and every morning they sent out a sweeper to sweep away every last speck of dirt. The man looked at her remorsefully — almost ashamed — but never stopped sweeping. Beneath her feet, Alma felt the wailing of the soil being crushed by tons of concrete. Waiting to be released had almost driven her mad: the soil, sealed over by the concrete, was running out of air and its millions of inhabitants were perishing one by one. She mourned those losses as if they were her own. Years later, after she was finally discharged, she had returned with a hammer and a steel bar. Each blow she struck on the concrete floors and walls was revenge for both the lost beings and the years she had lost.

From a very young age she had learned to listen to the soil, to speak for it. Outsmarting incredulous adults at every turn, she had discovered communities brimming with life in the stuff people believed was just something you stood on. With practice she had developed the ability to understand its unintelligible sounds, and in time, she became able to translate the voice of the soil. By listening carefully, she had discovered the appetites of its underground inhabitants and every morning, during her walk to school, she left little piles of organic waste that disappeared without a trace. It had taken months, even years, but she had finally mastered their language and by the age of nine, to the disappointment of her parents, she had relegated Spanish to a second language. She got used to the suspicious glances that she aroused on the afternoons when, under the shade of a ceiba tree, she would narrate her day to the soil through a composition of buzzes, silences, and gurgling.

Now, with a face furrowed as deeply as the tilled earth, Alma thought of the abyss that separated her from her childhood memories. Even as a child, she had already guessed the bond that would tie her to the earth for the rest of her life. She remembered her clumsy first steps through the back door that had plunged her into the immense garden where she had immediately started stuffing handfuls of dirt into her mouth. Ignoring the beads of sweat that ran down her forehead, neck, and back, she had stayed out there until her hands were covered

in so much dirt, it was impossible to distinguish them from the soil. In that moment, the earth seemed sweet to her.

Her fascination with the earth – she remembered it vividly – was due to the voices. At first, they were few and almost imperceptible: a slight vibration on her tongue that she thought she could stifle with the back of her hand. However, as the weeks had passed, the sensation had tripled in intensity: Alma's throat tingled as if it was home to all kinds of creatures. She repeated the ritual for years, without knowing about the worlds that were hidden in the soil she gathered in her hands. Each time, she felt the voices within her growing, and when she was eleven years old, her own voice gave way to the voices she had ingested for so long. Her child's voice lost its satin tone and was transformed into a series of echoes of different intensities, tones, and pitches. The soil became her reflection and she, in turn, became its voice. Those who listened to her were left with the unsettling feeling of having been in the presence of an orchestra.

Although sixty-eight years separated her from those afternoons when, mouthful by mouthful, she learned the language of the soil, she still felt bitter at the loss of her childhood garden. New buildings and farm machinery had destroyed the landscape of her childhood. The concrete buildings, which she had believed were the only catastrophe, were followed by a series of calamities that toppled like a row of dominoes. Soon after, chemicals appeared, toxic substances that invaded the soil like

parasites. They came on an April afternoon so hot one would rather be buried in the earth. The people's curiosity meant that terms such as *herbicides* and *fertilizer* were soon incorporated into their daily conversations. The words had brought with them new realities: hectares of land sown and crops that seemed to be reborn spontaneously after each harvest. During the following months a strong tremor shook the earth, which the villagers attributed to the shaking of the seemingly endless tractors that crossed the fields without rest. Only Alma realised that the tremor had come from the invisible beings of the soil, shaking with fear. A dark premonition quivered through her bowels and, during the nights that followed, the farewells echoed underground like a collective voice. Alma realised her own voice had taken on the tone of a farewell.

Farmers had introduced agriculture methods that ripped the soil apart — the plough stirred the surface day by day, breaking the filaments of the fungi that wove through it like a spider's web — but the toxic mist that was sprayed on the land afterwards was much worse. The soil became as exposed as a naked body. Alma saw it shrink, wasted and exhausted, with each harvest. She felt the pain of loss, for the second time, when she noticed the echoes of the earth in her voice diminishing.

The earth had always spoken, but people had not learned to listen. In the afternoons when Alma had sat next to the ceiba tree, the earth had told her stories of the past: the plague

of vipers of 1802, that had almost wiped out a village, the last pilgrimages of almost extinct animals, the first indigenous man to challenge a Spaniard. After many years, Alma had come to understand that the soil resembled a sieve. Like the rain, events that occurred on its surface seeped through the earth and descended into the groundwater. There, following the current of rivers and other sources of water, these events reached various towns and cities where people had been sipping the narrative of the soil for decades without knowing it.

However, what would turn out to be the last part of her story, had taken her by surprise. The detonations began one morning, without warning. Startled by the screams, Alma had risen from an ocean of sheets. Everything inside her shook violently. She had run down the corridors of the house in seconds, expecting at any moment to see the source of the noise. She awaited disaster as she had done before. However, as she left the house, she found the town eerily silent. There were no traces of the destruction she imagined when she was emerging drowsily from her bed. The faces of the villagers, with their usual immutability, told her that the catastrophe was elsewhere.

She passed streets, houses, meadows, and fields full of crops, her cries echoing in her wake. She repeatedly asked about the location of the explosion, but the indifferent replies that she received only increased her desperation. Some people gestured in the direction of the explosions but stopped short when

Alma asked for the source of the screams. Her bewilderment increased with each person she encountered: the shrieks were overwhelming; how could they not hear them? The fatigue she had accumulated over the years, slowed her steps and she began to lose track of time and distance. After what felt like hours, her feet stopped a few millimetres from a huge crater. She contemplated in horror the sinkhole with its stagnant water below. The source of the screams suddenly became clear to her: the soil, uttering thousands of laments, was transforming into a loud harrowing soundscape. The beings that had previously told her stories from centuries past, were now drowning in a toxic brew of mercury. A flash in the distance revealed a gold mine.

Alma looked carefully at the handful of soil she had picked up in her hands: the soil, like her skin, bore traces of the countless transgressions it had endured. Humans had left their mark on it, and although concealed, it was indelible.

The final explosion gave way to a deafening silence. Before Alma's astonished gaze, the soil too, fell silent. Only the beat of its dying heart remained. Alma clenched her teeth and made a decision. For years she had consumed the earth; it was time to reciprocate. She sank her limbs into the loose soil, then her torso. Seconds before she submerged her head, lumps of soil broke away from the ground and flooded her mouth, creating a final memory. With her eyes closed, she savoured the long-awaited return to the days of her childhood. For the second and last time,

the soil was sweet. She forgot the weight of her body and gave her lips to the voices that had previously overwhelmed her. She thought she heard a murmur echoing through the rubble.

Her heart stopped. That of the soil, though weak, continued to beat.